

se: cada frase caída de los labios del general encierra un apremio á los revolucionarios para que retrograden y retornen al tiempo en que aparecían unidos el pueblo y el monarca. Todo el mundo comprendía lo irregular del caso á la sazón sucedido. Todo el mundo apreciaba la política de Lafayette así: puesta en labios civiles un sano consejo, puesta en sus militares labios una grave amenaza, pues por su boca no hablaba él solamente, hablaban más de cien mil hombres, y cien mil hombres armados y cien mil hombres al combate apercibidos. Así el Presidente, con un recato propio de la posición que ocupaba, y con una reserva impuesta por lo supremo de las circunstancias y lo difícil de aquella crisis espantosa, exclama: «El Congreso ha jurado mantener la Constitución; y fiel á su juramento, la preservará de cualquier ataque ó atentado: os concede los honores de la sesión.» Lafayette atraviesa la sala de sesiones sin arrogancia, pero sin bajeza también; y con su aire de noble que se compadecía en él con sus actitudes de revolucionario y su modestia de ciudadano, lo cual no impedía de ningún modo á su dignidad altísima de general, va solemnemente á sentarse con presteza en el banco de los peticionarios. Su paso, merece aclamaciones de la derecha; estupores de la izquierda. Nadie se atreve á decir una palabra: los moderados, por no desflorar el grandísimo efecto; los radicales, por no saber la fórmula conveniente á sus intereses y á sus ideas en aquella hora crítica. Rompe Guadet el hielo. Y sus palabras irónicas, de sentido incierto, doble, como retruécanos más ó menos pérfidos, ó insinuaciones más ó menos francas, demuestran lo grave del propósito suyo, al atacar á Lafayette, y los miramientos y los respetos debidos á su autoridad en el Congreso. «Al ver, decía, la persona de Lafayette aquí, una idea bien dulce atravesó mi entendimiento, la idea de que ya no tenemos enemigos exteriores, de que sucumbieran los austriacos en las fronteras. Pero ¡ay! que pasaron estas ilusiones. Nuestros enemigos están en el mismo sitio siempre y está en París Lafayette. ¿Cuáles motivos lo impulsan? ¿Acaso nuestras perturbaciones interiores? Cree, sin duda, faltó al Congreso de fuerza y autoridad para reprimirlas. Se cree órgano el general de las gentes honradas. ¿Dónde tales gentes honradas están? Se cree órgano del ejército. ¿Cómo delibera ese ejército? No examinemos si quien hoy nos acusa de tomar el fragor de algunos bandidos por el sentimiento de todos los franceses, habrá tomado la opinión de la plana mayor general por la opinión de todo el ejército; pero yo le digo que olvida él mismo la Constitución cuando se declara órgano de las gentes honradas sin mandato ninguno, y que la viola cuando deja su puesto ante los enemigos sin licencia de su jefe. Pregunto al ministro si ha dado permiso al general, y pido á la comisión de los doce que nos dé mañana su dictamen sobre lo dañoso que sería conceder á los generales en altísimo é importante mando el derecho de petición.» Por honra de Guadet, como parlamentario, debe decirse que diera en el blanco. Así los monárquicos tuvieron que apelar á soberanos esfuerzos para defender la combatida personalidad de Lafayette. Y se levantó el realista Ramond, faltó en verdad de

las afluencias que había en los fecundos labios del elocuentísimo Vergniaud, y de los atrevimientos ó arrestos del audaz Guadet, y del arte táctico del estrategio parlamentario Brissot; pero con una lógica llamada de antiguo en una muy gráfica expresión, «maza de Fraga». Y así dijo que tres días antes una multitud armada pedía presentarse al Congreso, y aunque leyes positivas prohibían recibirla, fué recibida en el seno de la representación popular. Y cuando un hombre, cuya vida pasara en holocausto continuo á la libertad, pues le sacrificó fortuna, vida y nombre, se presentaba; la sospecha surge, la pasión estalla, y con dos pesos y medidas se concede á los mayores aventureros aquello negado á este hijo predilecto de la libertad. Ante tal apología de un hombre, que, fueran cuales fueran los servicios prestados á la libertad, en aquel instante amenazaba con sus arengas al Congreso, un viento de protesta corrió por toda la izquierda. El chusco diputado Idadon, en una de las interrupciones maestras, por Francia frecuentísimas, exclama: «dejad á Ramond pronunciar la oración fúnebre de Lafayette». El orador continúa, y dice que á la vista de los peligros amenazadores al principio liberal, el ánimo duda sobre quién debe apreciarse como su mayor enemigo si el exterior ó el interior. Así, estando todos en la obligación de hablar muy alto, debía oírse la sonora voz que manifestaba el voto de aquellos decididos á morir todos por la Constitución, más por la Constitución únicamente. Y presenta una proposición favorable á Lafayette. Puesta en votaciones varias parece que se aprueba; y ante aprobación tamaña sube á los aires un grande tumulto. El acuerdo parece á unos claro y confuso á otros. Hay quien dice que se ha resuelto escuchar de nuevo al general, hay quien dice que se ha resuelto no volver á oírle. Aquel movimiento de aprobación crece. Unos aseguran estar aprobada y en vías de pasar á la comisión ejecutiva para dar dictamen á la propuesta de Ramond; y hay quien dice que se ha entrado en la orden del día y no es hora de proposiciones. Y como el Presidente insistiera en que la proposición de Ramond acababa de adoptarse, los izquierdistas vociferaban esta frase: «¡á la cárcel, á la cárcel con los diputados rebeldes!» Uno le llama con gritos enormes á otro perverso, y el calificador y el calificado están á punto de acogotarse. El Presidente dice que se han presentado á la Cámara dos propociones; una de Guadet, desfavorable á Lafayette; otra, favorable á Lafayette, de Ramond. El Congreso ha votado la segunda. Nuevos tumultos á consecuencia de esta declaración; y en estos tumultos voces diciendo que no tenía permiso el general para presentarse allí, que se rechazaran peticionarios militares por carecer de la correspondiente licencia, mientras otras voces contrarias aseveraban haberse visto allí hasta desertores. Por fin, tras muchos escándalos es aprobada la proposición de Ramond favorable á Lafayette, y desaprobada la proposición de Guadet desfavorable. Y Lafayette triunfa en el Congreso.

Dado el voto, la fuerza de Lafayette aumenta en términos increíbles. Y á este aumento de fuerza, todo el mundo atribuía resoluciones de importancia. Tras tanto gritar los



moderados contra la dictadura de los clubs y el dominio de las facciones parecía imposible redujesen toda su labor á gritos, y no acompañasen estos gritos de actos. La hora no podía ofrecer oportunidad mejor para cristalizar un gobierno constitucional y parlamentario de veras. Al amor de una reacción espontánea; entre ofertas de auxilios prestables por clases y regiones poderosas: quebrantados los girondinos á lo fugaz de su gobierno y á lo vago de su oposición; acometido de sobresalto Robespierre, quien tenía el valor pasivo de los mártires, contrario al valor activo de los héroes; aun recelosos de volcar la Monarquía los dantonianos en el temor de volcar con ella la revolución; un general, como Lafayette, igualmente demócrata y realista, platónico amante de la República y servidor fiel de la Realeza, podía prometerse la recuperación del orden público y la observancia del código fundamental, con sólo cerrar aquellos clubs, donde no se practicaban los derechos humanos, se urdían temibles conjuras contra el Estado constitucional y se atizaba la fiebre revolucionaria mantenida en permanencia é inmanencia incesantes, las cuales sólo podían concluir, ó por un arrebató nervioso común, ó por consunciones colectivas, según los avisos y enseñanzas de la patología social. Pero en todos estos trayectos, para volver la revolución á su lecho, salida como estaba de madre, encauzarla, necesitábase contar con la huésped, es decir, contar con la corte, y con la corte no contaba Lafayette. Inútilmente muestra su indignación por los desacatos de las manifestaciones populares irreverentísimas; abandona el ejército, con desdoro de su personalidad, para redorar la diadema de sus contrarios; recoje y expresa los votos de un ejército, muy valiosos y de mucho peso en la balanza del destino, votos consagrados á la estabilidad constitucional entonces; habla con atrevimientos de rebelde y severidades de Catón al Congreso legislativo; obtiene que sostenga este por inmensa mayoría, las declaraciones propuestas por el constitucional Raymond en favor de las tendencias lafayettistas; oye vivas del pueblo acompañándole desde las puertas del Palacio parlamentario, á las puertas del palacio de su hospedaje, á cuya vera plantan manos liberales un árbol de la libertad: han decidido los Reyes no asirse al asidero único que la lealtad les tiende con ahinco y se ahogarán los cuitados sin remedio. Antonieta no transige. Mirabeau le dijo que Lafayette aspiraba de antiguo á la dictadura y no quería entrar á sabiendas en la boca del lobo. Mas, también dijo Mirabeau á los Reyes que observasen la Constitución y no supieron observarla sino para todo aquello conveniente á sus intereses; que la juraran muy sinceros con plena conciencia de su juramento, con voluntad firme de cumplirlo y la juraron en público para perjurar en secreto; que no conspirasen jamás con el extranjero contra Francia y conspiraron; que no volviesen á soñar con las facultades absolutas arrancadas á su autoridad por la revolución, y creyeron recobrarlas con pesimistas determinaciones y maquiavélicos planes, á cual más desatentado y suicida. Antonieta, entre Lafayette y Dantón, estaba por Dantón; entre Pétion y Bailly, estaba por Pétion; entre los constitucionales y los jacobi-

nos, estaba por los jacobinos; creyendo la insensata, en su terrible ceguera, poder ahogar dentro del desbordamiento de la revolución á los mismos revolucionarios. Ella sugirió el retraimiento, al cual se descompuso la mayoría monárquica del primer Congreso destinado á escribir la Constitución; ella votó con las huestes de sus devotos, en París numerosísimos, la Municipalidad que absorbiera toda la vida de Francia y reemplazara el trono con la guillotina bajo sus plantas. Cuando el nombre de Lafayette oía desbarraba de una horrible manera. Creíalo importador de la revolución americana en Europa; liberal por ambiciones de mando y mangoneo; inquieto como los antiguos señores feudales, cuyos atrevimientos llegaban hasta querer ceñirse la corona; por lo menos aspirante á militar dictadura que destruyera el poder monárquico; verdadero condensador de la revolucionaria electricidad, cuyas centellas y chasquidos le atarazaban los nervios; agente de la manifestación del cinco de Octubre; cuyas iras zambulleran la dinastía desde su isla encantadora del antiguo Versalles, en el océano revolucionario de París; su carcelero en el cautiverio de las Tullerías parecidas á una mazmorra; y por ende prefería deber á los revolucionarios el destronamiento y la muerte, que deber, á quien llamaran todos un día el libertador, la corona y la vida. Veíalo entre las picas rematadas por los cráneos de sus guardias, destilando sangre caliente aún, en visiones magnéticas, puestas por sus recuerdos y por sus afectos á los ojos del espíritu; dentro de aquella berlina y atravesando ante su persona la noche nefasta en que se había perdido, al fugarse, por los intrincados laberintos de callejuelas próximas á su palacio; en el paso doloroso de su regreso á la puerta de su regia cámara, despidiéndole odiosas miradas peores que tiros, y rodeándola de numerosos esbirros; por todo lo cual, á voces le llamaba el verdugo de su alma y el diablo más atormentador y más cruel de todos en su terrible infierno. Inútilmente la princesa Isabel, no menos atormentada, no menos ofendida, no menos en el potro y en el tormento que su cuñada, le pedía de hinojos oyese al general y asintiese á sus planes por no quedarle ya otro recurso en lo humano. Antonieta, irguiéndose con su majestad soberana, como una Reina, después de haberse retorcido en su dolor, como una serpiente, invocaba con su nativa soberbia el nombre augusto de su madre muerta, diciendo como prefería ver á sus hijos en húmedos calabozos atormentados por crueles verdugos; ver á su marido en el cadalso, como Carlos Primero, y verse también ella misma, como la pobre María Estuardo, en el cadalso, á recibir amparo, socorro, auxilio de quien había desencadenado la revolución en los senos del pueblo y derretido su corona en las sienes del Rey.

Pensando así la mujer, excusado é inútil decir cómo agasajaría el marido á Lafayette. Pidió éste de sus Majestades audiencia, é inmediatamente le fué concedida, bajo reserva de no atenderle ni oírle. El general iba con el ánimo y el corazón abiertos á una optimista esperanza, con la voluntad resuelta por el salvamento de los Reyes hasta los senos del más desinteresado sacrificio. En su pensamiento, como en el pensamiento de innumerables